

SANCHO EL MAYOR

ENSAYO DE CRÓNICA RIMADA

INVOCACION

I

¡Qué gloriosa armadura para el buen caballero!
La lanza, Asturias; Burgos, el mandoble guerrero;
León, en sus blasones, la loriga de acero;
y Navarra la maza para el buen caballero.

Tanta copia de tierras, del monte á la llanura,
bajo el manto de un rey no caben, en su holgura:
Rey que uniera estas armas, ¡qué soberbia figura!
—Como están separadas, no forman armadura.

¡Burgadas de los llanos, almunias y cabañas;
castillos fronterizos y torres de montañas:
dime cómo nacías, de tus propias entrañas,
cuando no eras, España, reino de las Españas!

Almanzor daba al aire su triunfante pendón;
Galicia era un misterio, su cifra era León;
Asturias, un milagro; Castilla, una ambición,
y la Navarra, un hecho: no pedía sanción.

II

Los Reyes, en la fuerza, labraban su derecho;
y tanto el regio arbitrio palpitaba en la ley,
que villana que con su rey partía el lecho,
se quedaba en villana, pero paría Rey.

Sobre los desgarrones de las patrias heridas,
la corona ponía sus relieves de oro;
y junto á nuestras íntimas batallas aguerridas,
eran escaramuzas las guerras con el moro.

Resurgían, debajo de dos dominaciones,
de la autóctona Iberia los pruritos nativos;
y, deshecha la obra de los dos Escipiones,
en pieles y en abarcas de astures y bascones,
renovaban á España sus núcleos primitivos.

Si en círculo de hierro la apretó la morisma,
su horma estrecha fué causa de acelerar su estrella;
porque, obligada entonces á vivir de sí misma,
invertió su propia sangre, para amasarse en ella!

¡Luchas horrendas!...

Lucha de padres y de abuelos
con los nietos, los hijos y los propios hermanos;
las coronas se alzaban sangrientas de los suelos;
y manos de asesino fueron ungidas manos.

Por todas partes, sangre. Los llanos, las montañas
conocieron su púrpura; y, en un parto invertido,
España, á las esperas de su gran reino unido,
fué por todas sus tierras dejando sus entrañas.

Almanzor daba al aire su triunfante pendón;
Galicia era un misterio, su cifra era León;
Asturias, un milagro; Castilla, una ambición,
y la Navarra, un hecho: no pedía sanción.

III

El destino futuro predestinaba...

Y antes
que el vago ensueño regio se encarnara en la vida,
ya unas manos guerreras de gestos imperantes,
se ensayaron á hincar los carbunclos radiantes
de una sola corona, sobre una España unida.

Todo gran hecho tiene su prosapia de intentos;
y toda flor etérea, sus raíces terrenas;
que si el pendón glorioso refulge en las almenas,
la mole del castillo descansa en sus cimientos.

Lo aborigen no tiene sanción...

Sombras de olvido
cubren, como un sudario, las predestinaciones;
y el que pasa á su tiempo, de su tiempo vencido,
no recoge el tributo de las generaciones.

Pero las arpas, hechas á ingratitud, serían
perjuras de sí mismas, si su voz no trocara,
enmendando los yerros que los hombres hacían,
en horca los altares y la picota en ara.

IV

—Canto un Rey que fué tuyo, Navarra, y fué de España:
á su visión profética llamaron ambición;
pasando por Castilla, dejó ver en León
su catadura tosca de Rey de la Montaña.

Toda la alta Basconia, todo el Pirene, en su ancho,
desde Tolosa, en Francia, le tuvo por señor:
fué Rey tuyo, Navarra; y era aquel Rey don Sancho
que, por grande entre grandes, se apellidó el Mayor.

Con su nombre, sus sueños, el legendario Abarca
dióle, desde su oscuro sepulcro de pastor;
él prefirió á su sangre, su cetro de monarca;
y en tan holgados reinos engrandeció su Marca,
que su hijo, en su sepulcro, le llama Emperador.

1

Que don Sancho vuelve triunfa-
dor de ultrapuertos.—De su marcha
por la Sierra.—De su casa y mujer,
en Pamplona.

Don Sancho, Rey de los montes, de su Tolosa volvía;
á sus espaldas murmura la gente que le seguía;
pocas holganzas reciben del hijo de don García;
la hueste es cara de abarcas; que las gastan cada día.

De pacificar Tolosa, la sierra suso venía;
cuatro guerras viene urdiendo, según que avanza su vía;
las dos, con los sarracenos de España y de Morería;
las dos, con Reyes cristianos que le han de dar pleitesía.

Sus buenos cuatro mensajes, en sendas mulas, envía;
de que los mensajes parten, Rey don Sancho sonreía:
cuatro guerras que le esperan, ¡qué hazañas acabaría!

Dobla el Pirineo, á tiempo que el cielo se oscurecía;
descabalga y, por las riendas, del negro trotón asía;
que la vertiente es traidora; pero el Rey la conocía.
Vuelve el rostro y se detiene la hueste que le seguía...

Venia cada cual recibe de holgar donde más quería;
les cita para el alarde, mañana, á punta de día;
los que temen á la noche, busquen buena compañía;
que él ya se tiene sobrada con la espada que traía...
Se ha dispersado la hueste, que el hayedo la engullía.

Tira el trotón del rendaje, deteniéndose en la vía;
la buena yerba, en la fresca de la tarde, trascendía:
Don Sancho suelta las riendas, y el potro, mientras pacía,
parando á mirarle, muestra que bien se lo agradecía.

Solo, á solas, en la noche, don Sancho andando seguía;
ni hambre ni fatiga siente, ni la helada que caía...
Piensa en el hogar de leña que pronto le acogería
no lejos, junto á su Urraca, que tan buena dueña hacía...

Piensa hablarle de las guerras y las ansias que traía,
bien á solas; junto al horno, donde su pan le cocía,
dando sebo á su coraza, que de los cueros crujía,
tranquilo, en aquel Casal, que mejor no lo tenía
la su ciudad de Pamplona, que llaman Navarrería...

II

Que el Rey don Sancho cobraba
pechas. — Cuáles eran. — Por qué
cobraba pechas el Rey don Sancho.

Sancho el Rey tiene las pechas de sus villas y ciudades;
los diezmos de veinte iglesias, el quinto de tres abades;
el agua y tierra del reino son, ambas, sus heredades,
sino las que ha dado á hidalgos; que tienen sus libertades.

Son del Rey Sancho los hornos y más de veinte molinos;
el tanto de los pontajes y el tanto de los caminos;
por el almudí de granos le tributan los vecinos
y por los montes y pastos, que le cobran sus merinos.

Tablas tiene en los mercados de sus villas principales;
en las riberas, la pesca, y el aldaca, en los corrales;
la sayonía, en los huertos; las tasas, en los feriales;
las tiendas de los judíos le rinden buenos caudales.

La labranza, en tierras suyas, pecha de sus hombres era;
cuando organiza su hueste, le deben la fonsadera;

le pagan cena, en las villas, de que avistan su bandera;
—la espada del Rey, por todos, sale á contienda guerrera.

Y hay la justicia de un pacto sencillamente asentado
entre este pueblo, en el cetro, libre de todo cuidado,
y este buen Rey de los montes, batallador y hacendado.
que vive de sus conquistas, sus hornos y su ganado

III

Que el Rey don Sancho cazaba.

Sancho el Rey es recio de hombros, corto de cuello y
[barbado;
lleva coraza de cuero sobre el pellizón holgado,
grueso espaldar y, en invierno, por todo el monte nevado,
las legendarias abarcas de su noble antepasado.

Es cazador y hace treguas para cazar, descuidado;
él solo avizora el rastro del jabalí y el venado;
da la mitad, á sus huestes, de las presas que ha cobrado;
la otra mitad á la iglesia; que le tenga encomendado.

Las mañanas que va al monte no las pierde de su grado:
aprende de sus jaurías el acoso en descampado;
juega el venablo y se adiestra á detener, esforzado,
por las garras, á los buitres que le pasan por su lado.

Si no halla rastro y el día viene á todo sol entrado,
Rey don Sancho, en una peña, deja el venablo parado,
descíñese de sus cueros y, en su buen monte callado,
se está á pensar, bajo un haya, del gobierno de su Estado.

IV

Que doña Urraca muere.— Que el Rey don Sancho le guarda luto, callando.— Que el Rey don Sancho junta á sus hombres y quiere camppear.

Murióse la doña Urraca que hacía tan buena dueña; le tuvo honestos amores y un hijo le dejó en seña; cuando Rey Sancho le mira, mientras que le mira, sueña: «Mi reino ha de ser muy grande para tu mano pequeña!»

Rey don Sancho es todo al modo de sus vasallos bascones; de su sentir á sus manos tardan largo las acciones; tritura y amasa y cuece como el pan sus emociones; la vida le da cachorros, y él le devuelve leones...

Murió la su dueña Urraca; llevó callando seis días. Sus condes y sus bailíos le guardan las agonías; de que el Rey vuelve á hablar, dice:

«—Juntadme las huestes mías; moveré guerra á los moros de todas las morerías.

»Cincuenta batallas hizo por el califa, Almanzor;
»cincuenta veces á Córdoba se recogió vencedor;
»si á presas con él viniendo, no le llamare traidor,
»¡nadie diga que á su dueña lloró bien Sancho el Mayor!»

Las campanas de sus burgos rebaten al apellido; toda la tierra, allén puertos, se mueve al bélico ruido; todos los bascos, que á sueldo el de Borgoña ha tenido, de que Navarra campea, para su campo han venido.

Nunca tuvo Rey de Montes tan poderosa mesnada; para el alarde, Rey Sancho lleva desnuda la espada. Cuando le probó las fuerzas, después de la cabalgada, «¡Soberbia hueste—se dice—no te has de ver malparada!»

Tres días de plazo pide; vuelve á montar en su silla; toda la hueste, á sus plantas, los estandartes humilla, y él parte, acuciando el potro con la espuela y la rodilla, para García, el buen Conde que era señor de Castilla.

V

Que el Rey don Sancho de Navarra paata unión liga con el conde de Castilla.—Que el monarca de León ha de unírsele también.—Que el conde don García de Castilla, en prendas del pacto, entrega su hija doña Munia al Rey de Navarra para esposa.

A poco de hablar don Sancho, ya ve el Conde su intención; más que la mente, á sus voces, se le mueve el corazón; que no extrañarán los pueblos de sus señores la unión cuando montes y castillos entrambos de piedra son.

«—Unidos, Conde García, yo vos confío en misión
»de traer para nosotros al monarca de León;
»si mucho los tres podemos, aún podrá más nuestra unión;
»si hablamos igual romance, cumplamos la misma acción.»

No se parte el de Navarra sin una nueva emoción;
el Conde ordena su hueste por hacerle dignación;
se está mirando el alarde don Sancho, en el torreón:
pasa, vestida de acero, Castilla con su pendón.

Y entonces siente don Sancho lo nuevo de su razón
viendo por él unas gentes que gentes suyas no son;
el respeto que el alarde le pone en el corazón,
es cosa más que del mundo; parece de religión.

Y entonces otea Sancho toda su generación,
y ve un imperio futuro que es más que tierra y blasón;
y á sí mismo se amonesta, temblando, en el tarreón:
«—Rey que no pasa á su reino no cumple con su misión.»

Tratada queda la Junta; sólo falta el de León.
El viejo Conde á don Sancho le ha puesto una condición,
que, pues el Navarro es viudo, que en prendas de aquella unión,
case con su hija; que él jura de hacerle la dotación.

La despedida y las nupcias en el mismo día son;
doña Munia es rica hembra y el Rey soberbio infanzón;
don Sancho jura de honrarla después de la bendición
—por aventura, la Dueña le acoge de corazón.

VI

Que los tres reinos unidos derrotan á Almanzor.— Que el caudillo no sobrevive á su rota.— Notables palabras que Almanzor, muriendo, dice á su hijo.

«Si mis victorias segaron, ¿no me tenían que herir?
»¿Qué ha sido de mis caudillos, que no acuden á su Emir?»
Un esclavo, que le escucha, se acerca para decir:
«Los que no son prisioneros yo les he visto fuir.»

En Medinaceli plañe la rota suya Almanzor;
don Sancho, Rey de Navarra llevóse todo el honor;
cuando tres reyes se juntan, de poco sirve el valor...
¡No la olvidarán los moros la de Kalat-al-nosor!

Los de Castilla vinieron con sus recias armaduras;
Navarra, el rojo estandarte se trajo de sus alturas;
segúan los leoneses en buenas cabalgaduras;
Guipúzcoa, con sus tres manos, cerraba el campo á seguras.

Al hijo suyo, que vino desde Córdoba á su tienda,
como llora, Almanzor manda que se reporte y le atienda;
le dice de sus contrarios; de cómo fué la contienda;
lo que él aprendió muriendo quiere que, en su muerte, aprenda:

«—En el nombre de Aláh el grande, clemente y dispensador:
»primero, hijo mío, cuida que eres sangre de Almanzor;
»que si, en cincuenta victorias, di pruebas de mi valor,
»¡muero en mi rota primera por no vivir sin honor!

»Cuida que nuestros contrarios de reyes pasaron ya;
»más que sus reinos, defienden lo que sobre el reino está;
»la rota á mí me confunde, pero á ti te servirá;
»cuando dos reyes se juntan, viene con ellos Aláh.

»Di al califa, si yo muero, que en nombre mío le pides
»que ya no fie en el mando de Almohades y Almoravides;
»en sus palacios de Córdoba, di al califa y no lo olvides,
»que ya es la fe quien dispone de la victoria en las lides.

»Muero, cuando está la liza más á porfía empeñada;
»muero, cuando se unen reyes para oponernos mesnada;
»¡feliz tú si, al morir, logro que, en la nueva cabalgada,
»tu fe opongas á su fe más que tu espada á su espada!»

No dijo más, en su tienda tornando su Aláh, Almanzor.
 Por él fué rota sonada la de Kalat-al-nosor;
 honrado enemigo ha sido; su mortaja es su valor;
 ¡descanse en paz quien, muriendo, dió á nuestras armas honor!

VII

Que los grandes señores abusan
 de su poder. — Que los peeheras
 llevan una vida misérrima. — Que el
 Rey don Sancho da fueros á ciertas
 villas suyas y por qué.

Como son señores en sus heredades,
 todo lo trastornan, con sus voluntades,
 y entran á cuchillo, los Condes y Abades,
 el reino que el cielo les dió á gobernar;
 si su Rey lo agranda, lo dividen ellos
 y al siervo despojan con sus atropellos;
 perpetuar quisieran los tiempos aquellos
 en que los Monarcas no tenían sellos
 ni una ley escrita donde los colgar.

Cuando suena el bronce para el apellido,
 como en sus rapiñas está entretenido,
 —tal un buitre, sobre su presa abatido—
 no deja sus feudos el Conde señor;
 en la hueste regia falta su bandera;
 arma sus caberos de mala manera
 y no van sus gentes á la fonsadera,
 porque él á sus gentes cierra la frontera;
 que en tiempos de guerra se roba mejor.

Las almunias rasas, los pueblos vacíos,
 las arcas desnudas, los campos baldíos,
 los señores pillan como sarracenos.
 «—¡En mal hora me ungen óleos de cristiano,
 »si el Rey de los Montes no tiene en su mano
 »sino los horrores de un pueblo pagano,
 »y si no dió Cristo su sangre al villano,
 »y si aún hay esclavos que son nazarenos!»

Rey Sancho comide la extensión del mal:
 —como entre las olas, con el vendaval,
 llegan á las playas, en el temporal,
 los despojos muertos que anuncian naufragios—
 á las gradas mismas del trono ha venido
 á caer la sangre de su pueblo herido;
 pueblo y Rey, entrambos, se han visto y oído;
 tiene el pueblo un grito que es como un gemido;
 pero el Rey un gesto que será un presagio.

El Rey de los Montes se tiene en su silla
 corta un pergamino sobre su rodilla,
 recorre su pluma la piel amarilla,
 y engendra el futuro la virtud del verbo...
 «—Mi villa de Nájera será villa franca;
 »no tendrá señores...»

Y en su frente blanca
 fulge la corona, mientras él arranca
 á su pueblo de entre las garras del cuervo.

Sus hombres de Nájera serán su milicia,
 no para sus presas, para su justicia;
 en sus pergaminos, Rey don Sancho inicia
 los sagrados pactos del pueblo y del Rey...
 Tiembla de sus manos al renglón postrero;
 todas sus hazañas de Rey mesnadero
 no valen su sello puesto en este fuero:
 que si cuerpo al reino le dió, con su acero,
 ¡un alma don Sancho le da con su ley!

No marcaron astros lo sacro del día;
 no corrió á torrentes la sangre baldía;
 la Navarra entera no vió que surgía
 ya armada, á sus auges, del puño real...
 Rey Sancho que á cabo llevó su tarea,
 en las dudas santas de todo el que crea,
 á su doña Munia llamó, por que vea
 si en el pergamino se remedia el mal.
 Llegóse la Reina; lo leyó tres veces,
 y ella, tan famosa por sus altiveces,
 que nació en Castilla y es hija de jueces,
 tornándola á Sancho, lo encontró cabal.

VIII

Que hicieron traición los Velas.—
Que el Rey don Sancho decide
vengar la muerte de su cuñado el
conde mozo de Castilla.

Carbón de la historia, manos de traidor,
la vida pasasteis en obras de horror;
pero sois carbones que pone á esplendor,
sobre sus fornales, Dios Nuestro Señor.

Desde sus castillos y sobre sus llanos
los Fernán-González se hacen soberanos;
lo envidian los Velas, Condes castellanos,
y son sus verdugos más que sus hermanos.

En el odio arraigan las generaciones;
el odio es bandera de sus torreones;
salen al camino como los ladrones;
—los Velas olvidan que son infanzones.

Castilla está en duelo, su Conde moría;
sus fieles vasallos guardan su agonía;

al Conde los ojos le cerró aquel día
su hijo, el hijo bueno que le sucedía.

Don García es mozo cuando entra á mandar;
como con su hermana casó en el altar,
Rey Sancho, al saberlo, dióse á cabalgar;
viene de Navarra por le aconsejar:

«—Castilla y Navarra son reinos amigos;
»si unas bodas fueron siembra de estos trigos,
»de lo que ganaron, no siendo enemigos,
»los triunfos logrados me sean testigos.

»Doña Sancha, hermana del Rey de León,
»buena esposa haría para un infanzón;
»piense el Conde mozo que es buena ocasión
»y mande mensajes con la petición;

»sólo una familia, sólo una corona...»
Rey don Sancho tiembla; tanto le emociona
de verse á sí mismo fundando, en persona,
su sueño de un reino que hacía en Pamplona.

Salen mensajeros á la petición,
y, de que regresan con la aprobación,

parte el Conde mozo para hacer la unión:
lo saben los Velas que están en León.

Suenan chirimías, tocan las campanas,
hay trigo en las calles, seda en las ventanas;
¡qué viva contienda de frases galanas,
mozos leoneses y hembras castellanas!...

Doña Sancha gusta de su prometido;
si es mozo y en años apenas cumplido,
lo que pierde en Conde lo gana en marido;
de elegir por ella, le habría elegido.

Mañana es domingo de bodas reales;
y hoy, como es la misa de los esponsales,
dueñas y doncellas llevan, en señales,
oro de los trigos sobre sus briales.

León todo es fiestas y el cielo alegría.
Descuidado, á misa, sale don García;
piensa en doña Sancha, que le apetecía,
y en aquel hoyuelo que en su barba había...

Como todo es fiestas, todo es confusión...
Llegando á las misas, el Conde infanzón,

entre un alarido de profanación,
dan sobre él los Velas y muere, á traición.

Todo son vaivenes al primer momento;
ya se ve una espada, luego salen ciento;
pero en vano amparan el cuerpo sangriento:
los Velas huyeron en el turbamiento.

Por entre las gentes, llorando atropella
doña Sancha, viuda cuando aún es doncella.
Con qué afán los labios de su muerto sella,
¡dígalo Castilla, que es viuda con ella!

Muy de mozo, el Conde, dejó de reinar;
como con su hermana casó en el altar,
Rey Sancho, al saberlo, dióse á cabalgar;
viene de Navarra para le vengar.

IX

Que el Rey de Navarra pone
mano en vengar á don García.—
Que da muerte á los Velas.— Que
Castilla aclama al Rey Sancho por
derechos de su mujer doña Munia.

Como el duelo es tanto, la ocasión es grave;
mucho piden todos, Rey Sancho lo sabe;
la sed de justicia no da largo el plazo.
Quien para los Velas salga, por Castilla,
¡que la espada empuñe como una cuchilla;
de Rey tenga el pecho, de bochín el brazo!

No quiere don Sancho que hueste le siga;
no quiere escudero que ate su loriga;
pero, en el partirse de hierro cubierto,
besa á doña Munia, que es tan castellana,
que arrastra en palacio sus lutos de hermana
y lleva en sus hombros la herencia del muerto.

El Rey de los Montes, de férrea corona,
va á caza de lobos, blandiendo su azcona,
por tus quietas hoces, sierra de León:

¡mala madriguera para los traidores!
que él sabe de atajos, de hablar con pastores,
de leer los rastros, de acotar alcores
y de armar celadas detrás de un peñón!

En dos días largos, de atisbar no cesa;
al tercer día se cobró la presa;
media azcona entraba por el corazón...
Manda que les corten los pies y las manos,
deja allí los cuerpos para los milanos,
y las dos cabezas de los dos hermanos,
cuando llega á Burgos, ven los castellanos,
goteando sangre, colgar de su arzón.

Tiene un alarido de gozo Castilla.
La su doña Munia le sienta en la silla
que hoy es para reyes y ayer fué de jueces;
sangre de justicia ven los infanzones
en el vello hirsuto de sus pellizones;
—Castilla, de hinojos, le aclama tres veces.

Y él lanza sus huestes contra los señores
que son prole y sangre de los dos traidores:
«¡Para siempre acabe su generación;
quemem sus castillos, por esas Castiellas;
tomen sus cenizas y tapen con ellas
la mancha de sangre que queda en León!»

X

Que el Rey Sancho va de mon-
tería.—Que sucede un prodigio en
una ermita.—Que el Rey Sancho
funda una ciudad.

Sancho unió dos reinos, son mucha heredad;
los defiende en guerras por la cristiandad,
los gobierna en paces á su voluntad;
cuando viene á treguas, funda una ciudad.

Cuando va á la algará no quiere escudero;
él ordena leyes y decide un fuero;
cabalga, en las marchas, sin palafrenero;
—pero, en fundar villas, Dios le es valedero.

Un castillo se alza sobre una colina,
donde más defiende, donde más domina;
ciudad que un rey funda vendrá pronto á ruina,
si no la ha emplazado la mano divina.

Rey Sancho, rigiendo Navarra y Castilla,
con su hierro tiene bastante en su silla;

en sus fundaciones, á Dios se arrodilla;
que es más que unir reinos fundar una villa.

Bajo sus colinas, en su haz ceniciento,
no fueran ciudades sin un pensamiento;
como un cuerpo vivo, tienen sentimiento,
y un milagro, á todas, les es fundamento.

Ya, en aquellos siglos, cuando todavía
Dios inexpresado sólo era armonía,
un bardo, en los valles, su música hacía
y al son acordado la ciudad surgía...

Como todas, nace milagrosamente
ésta, la Palencia de San Antolín...
Cazaba Rey Sancho, la aurora saliente;
latían sus canes, jauría valiente;
sentía la presa cercano su fin.

En el diestro flanco, donde está la herida,
sus cerdas en punta son como cuchillos;
por los robledales, la senda perdida,
se entra en una ermita casi derruida;
y á los pies del ara, buscando acogida,
revuelve las armas de sus dos colmillos.

Rey Sancho la azcona dispararle intenta
y una fuerza oculta le retiene el brazo:
sobre el ara rota se le representa
la imagen borrosa, de áurea vestimenta,
que asilo á la fiera le da en su regazo...

La caza termina.

Rey Sancho presente
que en aquel prodigio Dios llevaba un fin;
¡fundará una villa, que lo represente!
—y así tuvo origen, milagrosamente,
ésta, la Palencia de San Antolín...

XI

Que emplea el cronista, en hacer
una invocación á las villas.

Llena el Reino el eco de la fundación;
Rey Sancho medita, para su intención,
qué fueros le otorgue, con qué obligación;
si tendrá franquicias, qué franquicias son...

¡Villas!...

vuestrs siglos lleváis en el pecho
porque, de sus manos, los reyes han hecho
arca, en vuestras casas, bajo cada techo,
que encierra doctrinas, leyes y derecho.

¡Villas!... ¡Flor de reyes y siembra de santos!
La Nación se abriga bajo vuestros mantos;
sois, en vuestros triunfos y en vuestros quebrantos,
la epopeya, el Reino; vosotras, los cantos.

Villas vivideras que engendráis caminos:
nunca os falte el agua, siempre hayáis vecinos;

que los grandes reyes, en vuestros destinos,
nos dejan su historia más que en pergaminos.

Todo Conde en armas sale á camppear
y un reino y dos reinos puede conquistar;
Rey que en sus entrañas, para lo expresar,
no lleva á su pueblo, no puede fundar.

Tierra que sojuzga sólo el hierro es vana;
ni entrará en el Reino, ni será cristiana
que no le señalen ocaso y mañana,
un habla de viejas y un son de campana...

XII

Que Bermudo de León mueve
querella á don Sancho. — Que don
Sancho le derrota, forzándole á
huir á Galicia. — Que, finalmente,
don Sancho junta en una las tres
coronas de Navarra, Castilla y
León.

Diz que, á estos alardes de la fundación,
Bermudo se alarma, que manda en León.

Esta, la Palencia del Rey de Castilla,
se entra en tierras suyas y ha de ser su villa.

Los pactos habidos malos pactos son;
mueve sus mesnadas el Rey de León.

Vacila el Navarro, que es Rey castellano;
no quiere contiendas con un Rey cristiano.